

*El largo viaje*

Jorge  
Semprún



[entrale@ilce.edu.mx](mailto:entrale@ilce.edu.mx)



Este hacinamiento de cuerpos en el vagón, este punzante dolor en la rodilla derecha. Días, noches. Hago un esfuerzo e intento contar los días, contar las noches. Tal vez esto me ayude a ver claro. Cuatro días, cinco noches. Pero habré contado mal, o es que hay días que se han convertido en noches. Me sobran noches; noches de saldo. Una mañana, claro está, fue una mañana cuando comenzó este viaje. Aquel día entero. Después, una noche. Levanto el dedo pulgar en la penumbra del vagón. Mi pulgar por aquella noche. Otra jornada después. Aún seguíamos en Francia y el tren apenas se movió. En ocasiones, oíamos las voces de los ferroviarios, por encima del ruido de botas de los centinelas. Olvídate de aquel día, fue una desesperación. Otra noche. Yergo en la penumbra un segundo dedo. Tercer día. Otra noche. Tres dedos de mi mano izquierda. Y el día en que estamos. Cuatro días, pues, y tres noches. Avanzamos hacia la cuarta noche, el quinto día. Hacia la quinta noche, el sexto día. Pero ¿avanzamos nosotros? Estamos inmóviles, hacinados unos encima de otros, la noche es quien avanza, la cuarta noche, hacia nuestros inmóviles cadáveres futuros. Me asalta una risotada: va a ser la Noche de los Búlgaros, de verdad.

—No te canses —dice el chico.

En el torbellino de la subida, en Compiègne, bajo los golpes y los gritos, cayó a mi lado. Parece no haber hecho otra cosa en su vida, viajar con otros ciento diecinueve tipos en un vagón de mercancías cerrado con candados. “La ventana”, dijo escuetamente. En tres zancadas y otros tantos codazos, nos abrió paso hasta una de las ventanillas de ventilación, atrancada con alambre de espino. “Respirar es lo más importante, ¿entiendes?, poder respirar.”

— ¿De qué te sirve reír? —dice el chico—. Cansa para nada.

— Pienso en la noche que viene —le digo.

— ¡Qué tontería! —dice el chico—. Piensa en las noches pasadas.

— Eres la voz de la razón.

— Vete a la mierda —me responde.

Llevamos cuatro días y tres noches encajados el uno en el otro, su codo en mis costillas, mi codo en su estómago. Para que pueda colocar sus dos pies en el suelo del vagón tengo que sostenerme sobre una sola pierna. Para que yo pueda hacer lo mismo y sentir relajados los músculos de las pantorrillas, también él se mantiene sobre una pierna. Así ganamos algunos centímetros, y descansamos por turno.

A nuestro alrededor, todo es penumbra, con respiraciones jadeantes y empujones repentinos, enloquecidos, cuando algún tipo se derrumba. Cuando nos contaron ciento veinte ante el vagón, tuve un escalofrío, intentando imaginar lo que podía resultar. Es todavía peor.

Cierro los ojos, los vuelvo a abrir. No es un sueño.

— ¿Ves bien? —le pregunto.

— Sí, ¿y qué? —dice—, es el campo.

Es el campo, en efecto. El tren rueda lentamente sobre una colina. Hay nieve, abetos altos, serenas humaredas en el cielo gris.

Mira un momento.

— Es el valle del Mosela.

— ¿Cómo puedes saberlo? —le pregunto.

Me mira, pensativo, y se encoge de hombros.

— ¿Por dónde quieres que pasemos?

Tiene razón el chico, ¿por dónde quiere usted pasar, y para ir Dios sabe dónde? Cierro los ojos y algo canturrea suavemente en mí: valle del Mosela. Estaba perdido en la penumbra cuando he aquí que el mundo se vuelve a organizar en torno a mí, en esta tarde de invierno que decae. El valle del Mosela, esto existe, debe de encontrarse en los mapas, en los atlas. En el liceo Henri IV armábamos jaleo al profesor de geografía, seguro que de allí no guardo recuerdo alguno del Mosela. En todo aquel año no creo haber aprendido una sola lección de geografía. Bouchez me tenía una rabia mortal. ¿Cómo era posible que el primero en filosofía no se interesara por la geografía? No había relación alguna, claro está. Pero me tenía una rabia mortal. Sobre todo desde aquella historia de los ferrocarriles de Europa central. Me tocó el gordo, y hasta le solté los nombres de los trenes.

[...]

Pero he aquí el valle del Mosela. Cierro los ojos y saboreo esta oscuridad que me invade, esta certeza del valle del Mosela, fuera, bajo la nieve. Esta certeza deslumbrante de matices grises, los altos abetos, los pueblos rozagantes, las serenas humaredas bajo el cielo invernal. Procuero mantener los ojos cerrados el mayor tiempo posible. El tren rueda despacio, con un monótono ruido de ejes. De repente, silba. Ha debido desgarrar el paisaje de invierno, como ha desgarrado mi corazón. Deprisa, abro los ojos, para sorprender el paisaje, para pillarlo desprevenido. Ahí está. Está, simplemente, no tiene otra cosa que hacer. Podría morirme ahora, de pie en el vagón atestado de futuros cadáveres, él seguiría ahí. El valle del Mosela estaría ahí, ante mi mirada muerta, suntuosamente hermoso como un Breughel del invierno. Podríamos morirnos todos, yo mismo y este chico de Semur-en-Auxois, y también el viejo que aullaba hace rato sin parar, sus vecinos han debido de derribarle, ya no se le oye, él seguiría ahí, ante nuestras miradas muertas. Cierro los ojos, los abro. Mi vida no es más que este parpadeo que me descubre el valle del Mosela. Mi vida se me ha escapado, se cierne sobre este valle de invierno, es este valle dulce y tibio en el frío de invierno.

—¿A qué juegas? —dice el chico de Semur. Me mira atentamente, intenta comprender—. ¿Te encuentras mal? —me pregunta.

—En absoluto —le digo—. ¿Por qué?

—Entornas los párpados como una señorita —afirma—. ¡Vaya cine!

Le dejo hablar, no quiero distraerme.

[...]

Cuatro o cinco filas detrás de nosotros se produce un revuelo repentino y se oyen gritos.

— ¿Qué pasa ahora? —dice el chico de Semur. La masa de los cuerpos oscila de un lado a otro.

— ¡Aire, necesita aire! —grita una voz detrás de nosotros.

— Hace sitio, por Dios, que le acerquen a la ventana —grita otra voz.

La masa de los cuerpos oscila, se abre, y brazos de sombra de esta masa de sombras empujan hacia nosotros y hacia la ventana el cuerpo inanimado de un anciano. El chico de Semur le sostiene de un lado, yo del otro, y le mantenemos ante el aire frío de la noche, que se precipita por la abertura.

— ¡Dios! —dice el chico de Semur—, tiene muy mal aspecto.

El rostro del anciano es una máscara crispada de ojos vacíos. Su boca se tuerce por el dolor.

— ¿Qué se puede hacer? —pregunto.

El chico de Semur contempla el rostro del anciano y nada responde. El cuerpo del anciano se contrae de repente. Sus ojos recobran vida y mira fijamente la noche ante sí.

— ¿Se dan cuenta? —dice en voz baja pero clara. Luego, su mirada se apaga otra vez y su cuerpo se desploma en nuestros brazos.

— ¡Eh, viejo! —dice el chico de Semur—, no hay que abandonarse.

Pero me parece que se ha abandonado definitivamente.

— Debe de ser algo del corazón —dice el chico.

Como si el hecho de saber de qué ha muerto este anciano tuviera algo tranquilizador. Porque este anciano ha muerto, sin duda alguna. Ha abierto los ojos, ha dicho: “¿Se dan cuenta?”, y ha muerto. Es un cadáver lo que sostenemos entre los brazos, ante el aire frío de la noche que se precipita por la abertura.

— Ha muerto —digo al chico de Semur.

Lo sabe tan bien como yo, pero tarda en conformarse.

— Debe de ser algo del corazón —repite.

Los viejos, es normal, siempre tienen algo del corazón. Pero nosotros, nosotros tenemos veinte años, no tenemos nada del corazón. Eso es lo que quiere decir el chico de Semur. Coloca la muerte de este anciano entre los accidentes imprevisibles, pero lógicos, que ocurren a los ancianos. Tranquiliza. Esta muerte viene a ser algo que no nos atañe directamente. Esta muerte se ha abierto camino en el cuerpo de este anciano, estaba en camino desde hace mucho tiempo. Ya se sabe lo que son esas enfermedades del corazón, alcanzan a uno donde y cuando menos lo espera. Pero nosotros tenemos veinte años, esta muerte no nos alcanza.

Sostenemos el cadáver por sus brazos inertes y no sabemos qué hacer.

— ¡Eh! —grita una voz detrás de nosotros—, ¿cómo se encuentra?

— Ya no se encuentra de ningún modo —respondo.

— ¿Cómo? —dice la voz.

— Ha muerto —dice el chico de Semur, con mayor precisión.

El silencio se hace más pesado. Los ejes rechinan en las curvas, el tren silba, rueda siempre a buena velocidad. Y el silencio se hace más pesado.

— Tendría algo del corazón —dice otra vez en el silencio más pesado.

— ¿Están seguros de que ha muerto? —dice la primera voz.

— Del todo —dice el chico de Semur.

— ¿Ya no le late el corazón? —insiste la voz.

— Que no, hombre, que no —contesta el chico de Semur.

— ¿Cómo ha sido? —pregunta una tercera voz.

— Como de costumbre —respondo.

— ¿Qué quiere decir eso? —dice, irritada, la tercera voz.

— Quiere decir que estaba vivo, y que de repente ha muerto —explico.

— Tendría algo del corazón —dice otra vez la voz de hace rato.

Un corto silencio, durante el cual los tipos rumian esta idea tranquilizadora. Es un accidente banal, un ataque de corazón, podía haberle sucedido a orillas del Marne, mientras pescaba. Esta idea del ataque de corazón es tranquilizadora. Excepto para quienes tienen algo del corazón, claro está.

— ¿Qué hacemos con él? —pregunta el chico de Semur.

Porque seguimos sosteniendo el cadáver, por los brazos inertes, frente al aire frío de la noche.

— ¿Están seguros de que ha muerto? —insiste la primera voz.

— Claro, nos estás cansando —dice el chico de Semur.

— Tal vez esté sólo desmayado —dice la voz.

— Mierda —dice el chico de Semur—, ven a verlo tú.

Pero nadie viene. Desde que hemos dicho que el anciano ha muerto, la masa de los cuerpos cercanos a nosotros se ha ido alejando. Apenas es perceptible, pero se ha alejado, la masa de los cuerpos de nuestro alrededor ya no está pegada a nosotros, ya no nos empuja con la misma fuerza. Como el organismo retráctil de una ostra, la masa de los cuerpos se ha encogido sobre sí misma. Ya no sentimos la misma presión continua contra los hombros, las piernas y los riñones.

—Pero no vamos a sostenerlo toda la noche mi compañero y yo —dice el chico de Semur.

—Hay que pedir a los alemanes que paren el tren —dice una nueva voz.

—¿Para qué? —pregunta otro.

—Para que recojan el cuerpo y lo envíen a su familia —dice la nueva voz.

Estallan unas carcajadas rechinantes, un poco brutales.

—Otro que ha visto *La gran ilusión* y hasta en colores —dice una voz de París.

—Ven —me dice el chico de Semur—, vamos a colocarlo en el suelo, bien estirado en aquel rincón. Allí abultará menos.

Comenzamos a movernos para hacer lo que ha dicho, e inevitablemente empujamos un poco a los que nos rodean.

[...]

Arrinconamos el cadáver contra la pared del vagón, tumbado de costado. Además, es muy flaco este cadáver, no ocupa demasiado.

Nos incorporamos, el chico de Semur y yo, y el silencio vuelve a caer sobre nosotros.

Había dicho: “¿Se dan cuenta?”, y se murió. ¿De qué quería que nos diéramos cuenta? Habría tenido dificultades para precisarlo, desde luego. Quería decir: “¿Se dan cuenta, qué vida ésta? ¿Se dan cuenta, qué mundo éste?” Sí que me doy cuenta. No hago otra cosa, darme cuenta y dar cuenta de ello. Eso es lo que deseo. A menudo, a lo largo de estos años, he encontrado esta misma mirada de extrañeza absoluta que ha tenido este anciano que iba a morir, justo antes de morir. Por otra parte, confieso que nunca he comprendido bien por qué tanta gente se extrañaba de esta manera. Tal vez porque he visto morir a muchos en las carreteras, he visto a grupos andando por los caminos con la muerte en los talones. Quizá yo no consiga extrañarme porque no veo otra cosa desde julio de 1936. A menudo me ponen nervioso todos esos que se extrañan. Vuelven del interrogatorio pasmados: “¿Se dan cuenta?, me han dado una paliza”. “Pero ¿qué esperas que hagan, Dios? ¿No sabían que son nazis?” Bajaban la cabeza, no sabían muy bien qué les ocurría. “Pero, Dios, ¿no sabían con quién nos las teníamos?” A veces me ponen nervioso estos pasmados. Tal vez porque he visto los cazas alemanes e italianos volando sobre las carreteras a baja altitud y ametrallar

tranquilamente a la muchedumbre por las carreteras de mi país. Para mí, esta carreta con la mujer de negro y el niño que llora. Para mí, este borriquito y la abuela sobre el borrico. Para ti, esta novia de fuego y nieve que caminó como una princesa por la ardiente carretera. Tal vez el motivo de que me pongan nervioso todos esos pasmados esté en los pueblos enteros caminando por las carreteras de mi tierra, huyendo de esos mismos integrantes de las SS\*, o de sus semejantes, sus hermanos. De este modo, ante esta pregunta: “¿Se dan cuenta?”, tengo una respuesta ya preparada, como diría el chico de Semur. Claro que me doy cuenta, no hago otra cosa. Me doy cuenta e intento dar cuenta de ello, ése es mi propósito.

\* SS – Guardia de seguridad.

Jorge Sempún, *El largo viaje*, Tusquets Editores: Barcelona, 2004.